

— Madre mía, Mina parece que siente vivamente ausentarse de su amiga, y yo no querría que en el día de mañana tuviese Mina un solo pesar. ¿Si invitásemos á la señorita Susana á que viniese á pasar el día de mañana con nosotros?...

— Rehusaría, interrumpió la madre.

Mad. Corby, con el tacto de una ciega había reconocido en la voz de la señorita de Valgeneuse ciertas cuerdas que resonando con dureza le hacían augurar mal de la sensibilidad amistosa de la joven.

— ¿Pero, insistió Justino, si acepta?

— Nuestra casa es muy pobre para tan rica joven.

— Regresará mañana después de la ceremonia, y esta noche dormirá en mi habitación.

— ¿Y tú, dónde te has de acostar?

— ¡Oh! á mí no me faltará un sitio donde colocar un catre de tijera.

— Pero ¿quién ha de acompañar al regreso á esta señorita?

— ¡Ah! tenéis razón, madre mía.

Consultóse á la directora sobre esta gran cuestión, y el resultado de la conferencia fué éste: al día siguiente la directora del colegio y la señorita Susana llegarán á París á eso de las diez de la mañana, asistirán á la bendición nupcial, y regresarán á Versalles después de la ceremonia.

Comunicóse este proyecto á la señorita Susana, que lo adoptó con alegría, aunque se le dejó ignorar la causa de la ida á París.

Temian su indiscreción para con su amiga.

La señorita Susana pidió sólo permiso para informar á su hermano Mr. Loredán de Valgeneuse del proyecto dispuesto para el día siguiente.

Si se la hubiera anunciado un momento antes, hubiera podido decirselo de viva voz; porque acababa de separarse de él en el locutorio.

Como Mr. Loredán de Valgeneuse habitaba en Versalles, ó más bien, tenía allí cosas que le obligasen á permanecer algún tiempo, reflexionó Susana que sin embargo llegaría bastante á tiempo el aviso, escribiéndole después de la marcha de Mina.

Además, la joven volvía á entrar, y venía presurosa á arrojarle en sus brazos.

Justino, temiendo ver brillar hasta la apariencia de una lágrima en los ojos de Mina, le anunció que en vez de decir adiós á su amiga, podía decirle hasta la vista, porque la señorita Susana y la señora Desmarest, este era el nombre de la directora del colegio, les hacían el honor de ir á pasar con ellos el siguiente día.

Desde entonces ya no hubo necesidad de secar los bellos ojos de la joven, porque ellos por sí solos se secaron; saltó de alegría, abrazó á Susana, abrazó á la señora Desmarest, y después, volviéndose hacia su muy amada familia, dijo:

— ¡Ea! estoy pronta.

Dijose hasta la vista por la última vez; la señora Desmarest y Susana prometieron ser exactas; los cinco viajeros volvieron á montar en el carruaje y tomaron el camino de París, mientras que Susana volvía á entrar en su habitación y escribía á su hermano:

« Detrás de ti ha llegado la familia de Mina y se la llevan. Creo que algo extraordinario pasará mañana en la calle de Saint-Jacques. La señora Desmarest y yo hemos sido invitadas á pasar el día con ellos. Si quieres estar al corriente

de los acontecimientos, arréglate de modo que nos conduzcas á la señora Desmarest y á mí en tu carretela.

» Tu hermana que te ama

» S. de V. »

CAPÍTULO III.

PEDIR EN CASAMIENTO.

Según lo había [esperado] Justino, su querida y pequeña Mina salía de su colegio é iba á entrar otra vez en casa sin que tuviese derecho á pasar sobre su frente ni la sombra de un pesar.

Inquietábala, sí, un poco la impresión que causaría en su aristocrática amiga la subida del arrabal de Saint-Jacques, el patio del farmacéutico, la sombría entrada de la casa, y todas aquellas marcas, si no de la miseria, de la pobreza al menos, que ella notaba sólo al pensar que otra podía notarlo también.

Digámoslo empero, Mina estaba inquieta pero no vergonzosa; porque no hubiera cambiado aquella pobre casa con sus amigas por un palacio con extraños; por otra parte ella creía estar segura de Susana como de sí misma, y se decía que en cualquier estado que tuviese una amiga, por más humilde que el estado fuese, se consideraría alegre y honrada en ser recibida por ella.

Pareció corto el viaje á todos, pero particularmente á Mina que ni siquiera se daba cuenta de que viajaba; con la mano en la de Justino, y la cabeza reclinada ora en el án-

gulo del carruaje, ora sobre el hombro del joven, soñaba esos ensueños de oro, formaba esos castillos en el aire que sólo se hacen de los quince á los diez y ocho años.

Llegaron á eso de las diez de la noche.

Por grande que fuese la curiosidad de los habitantes del arrabal, no había podido resistir hasta una hora tan avanzada, y desde las siete cada cual, según su mayor ó menor perseverancia, se había retirado á su casa, y la última puerta acababa de cerrarse detrás del último vecino (cuya retirada dejaba la calle solitaria como la clausura de su puerta iba á dejarla oscura), cuando se oyó el ruido des-acostumbrado del rodar de un carruaje que se detuvo á la puerta del farmacéutico.

Éste aun no se había acostado (no tanto por llenar conciencia la misión que Mr. Muller le había encargado, cuanto por obedecer á los deberes que le imponía su profesión); el farmacéutico, decimos, apenas oyó detenerse el carruaje, cuando volvió á abrir su puerta, y reconociendo á sus vecinas entregó la llave á Mr. Muller, anunciándole que el sacerdote que aguardaba no se había presentado.

— ¿Qué sacerdote? preguntó la joven.

— Un sacerdote amigo mío, respondió Mr. Muller, mintiendo quizás por la primera vez de su vida, pero excusándose á sí mismo con la intención, porque mentía por un motivo bueno.

Despidió Mr. Muller el fiacre; y al pagar al cochero le dijo en voz baja dos palabras que no eran otras que éstas:

— Estad aquí mañana á las diez de la mañana.

— Estaré, parroquiano, respondió el simón.

— ¿Retenéis el fiacre, querido papá Muller? preguntó Mina.

— Si, hija mía, porque mañana hemos de dar un pequeño paseo.

— ¿ Tú también, hermano Justino ? replicó Mina.

— Tal creo, respondió Justino.

— ¡ Oh ! entonces ; qué felicidad ! dijo Mina.

Volvió á entrar saltando en la casa, saludando á todos los muebles de la habitación de la calle de Saint-Jacques, lo mismo que había dicho adiós á cada uno de los del colegio de Versailles.

No se acostó hasta medianoche, y, ¡ cosa extraordinaria ! Mad. Corby permaneció en pie hasta aquella hora, lo que no recordaba Mina, ni aun Mr. Muller, que le hubiese acaecido nunca.

Á medianoche se separaron.

Dió Justino á la joven su último beso fraternal sobre la frente ; el beso del siguiente día debía ser un beso de esposo.

Mr. Muller dió las buenas noches á todos, aun cuando no tenía el menor deseo de retirarse, y aseguraba que si hubiera música bailaría con Celeste.

¡ Pobre Celeste ! sonrió tristemente, nunca había bailado.

Bajaron los dos hombres á la habitación de Justino, donde aun estuvieron charlando una hora.

Después retiróse Mr. Muller.

Justino tomó su violoncelo, lo sacó de la caja, colocólo entre las rodillas, y pasando y repasando el arco á dos pulgadas de las cuerdas, tocó imaginariamente uno de los motivos más alegres de *El matrimonio secreto*, adornándolo con las variaciones más fantásticas y los puntos de órgano más exagerados.

Al fin á las tres se decidió á acostarse ; pero era dema-

siado feliz, y por consecuencia estaba demasiado agitado para dormir seriamente : por otra parte, al dormir seriamente hubiera perdido el sentimiento de su felicidad.

Hubiérase dicho que sólo se dormía teniendo en la mano lo que debía despertarle, así como el buzo tiene la cuerda que cuando va á sofocarse al fondo del agua debe subirle otra vez á la superficie del mar.

Á las seis estaba en pie.

No podía comprender la lentitud del tiempo ; la péndola retrasaba ; no amanecía ; le parecía que no amanecería nunca.

Al fin amaneció á las siete y media, y vino la luz como solía venir al patio, no la verdadera luz, sino un testafarro.

Justino fué á mirar á la puerta de la calle.

¿ Qué iba á ver allí ?

Ni él mismo lo sabía : hay momentos en que se abren las puertas como si se esperase á alguien.

¡ Justino esperaba la felicidad !

La felicidad que viene tan pocas veces cuando se le abren las puertas de antemano.

Había ya tiendas abiertas y vecinos al umbral de su puerta.

Muchas personas señalaban á Justino.

El panadero de enfrente, grueso, oficial de tahona, con el rostro enharinado y el vientre rechoncho, le gritó :

— ¡ Eh ! vecino, ¡ ¡ es al fin para hoy ?

Retiróse Justino, y principió su toilette, que debía ocuparle una hora por lo menos.

Tenía los zapatos charolados, las medias de seda, el pantalón y el resto del traje negro, y el chaleco y la corbata blancos.

Peinó sus hermosos cabellos rubios que caían sobre su cuello y le daban, al decir de Mr. Muller, aquel aire alemán que tanto agradaba al viejo profesor, porque hacía que su discípulo se asemejase á Weber.

Á eso de las ocho oyó un ruido encima de su cabeza.

Eran las dos jóvenes que se levantaban.

Cuando decimos las dos jóvenes es porque tomamos la edad de Mina y Celeste.

Mina tenía diez y seis años, Celeste veintiséis.

Era una edad media de veintiún años.

Despierta Mina, iban á principiar las sorpresas reservadas para aquel día solemne.

Mientras que la joven hacía su primera toilette, la hermana Celeste salió y fué á buscar á la cámara de los futuros esposos todos los adornos menos el ramo de azahar.

De repente volviéndose Mina, vió extendido sobre el lecho el jubón de tafetán blanco, el traje de muselina y las medias de seda.

Al pie del lecho estaban los zapatos de satín blanco.

Miró Mina todos aquellos objetos con asombro.

— ¿Para quién es esto? preguntó.

— Para ti, hermanita, respondió Celeste.

— ¿Es que pido hoy? dijo Mina sonriendo.

— No, es que estás de boda.

Miró Mina á la hermana Celeste con ojos en que se notaba el asombro, y preguntó:

— ¿Pues quién se casa?

— Es un secreto.

— ¿Un secreto?

— Sí.

— ¡Oh! dimelo, hermana Celeste, replicó la niña aca-

riando con sus dos lindas manos las mejillas de su interlocutora.

Ésta le dijo: preguntaselo á Justino.

— ¡Oh! Justino, exclamó Mina, ¿cuánto tiempo hace que no lo he visto! ¿dónde está?

— Está esperando á que estés vestida.

— ¡Oh! entonces voy á vestirme al instante. ¡Ayúdame, hermana Celeste! ¡ayúdame!

Y Mina, ayudada de la hermana Celeste, se vistió en un santiamén.

Lo que generalmente lleva más tiempo en la toilette de las mujeres es el peinado; pero los cabellos de Mina se rizaban naturalmente. Con sólo que les pasase el peine bastaba para ensortijarlos en gruesos bucles en derredor de sus dedos.

Caían pues cinco ó seis bucles de cada lado sobre sus mejillas que descansaban sobre sus hombros ó se perdían en su pecho y no había más que hacer.

— Ya estoy vestida, hermana Celeste, dijo Mina. ¿Dónde está Justino?

— Ven, dijo Celeste.

Era preciso para salir de aquella pequeña habitación atravesar la de Mad. Corby

La ciega reconoció los pasos de Mina.

Además, apenas abierta la puerta, estaba Mina en sus brazos. Mad. Corby al abrazarla púsole la mano sobre la cabeza como buscando alguna cosa.

Pero aquella cosa no estaba allí.

— ¿No ha visto aun á Justino? preguntó la madre.

— No; la está esperando.

— Entonces dijo Mad. Corby: ¡vete! porque hay momentos en que el que espera desespera.

La hermana Celeste abría la puerta. Apresurábase á bajar Mina.

— No, dijo la hermana Celeste, por aquí.

Y abrió la puerta de enfrente, que era la de aquella linda cámara nupcial que hemos descrito.

Justino estaba en medio de la habitación y tenía en la mano lo que faltaba al tocado de Mina, lo que Mad. Corby había buscado en vano sobre la frente de la huérfana; el adorno de flores de azahar.

Todo lo comprendió Mina.

Lanzó un grito de alegría, palideció, y extendió las manos como para buscar un apoyo.

El apoyo estaba allí.

Justino dió un salto y la recibió en sus brazos.

Después, apoyando sus labios sobre los de Mina, le puso en la frente la corona de flores de naranjo.

Entonces en medio de un grito medio sofocado pidió Justino á Mina en matrimonio, y Mina respondió que consentía en casarse con Justino.

Cinco minutos después estaba Mina á los pies de madama Corby, quien tocando entonces le cabeza de la joven y encontrando en ella lo que había buscado inútilmente diez minutos antes, levantó su mano temblorosa y dijo:

— En nombre de toda felicidad que te debo, bendita seas, hija mía.

En aquel momento se presentaron tres personas á la puerta. Eran en primer lugar Mad. Desmarest y la señorita Valgeneuse, y detrás de las dos señoras se veía la cabeza del profesor, que se ponía de puntillas para ver dónde estaban.

De repente el buen Mr. Muller se sintió cogido por medio del cuerpo, estrechado hasta casi ahogarle.

Era Justino que le abrazaba.

— ¿Y bien? preguntó el buen hombre.

— ¡Y bien! exclamó Justino, ¡me ama!

— ¿Como hermana? preguntó Mr. Muller riendo.

— ¡Como hermana, como novia, como mujer, como esposa! ¡Me ama, querido Mr. Muller, me ama! ¡Oh! ¡soy el más feliz de los hombres!

Justino tenía razón, En aquel momento tocaba á ese punto culminante que es dado tocar á tan pocos hombres: Tocaba á la cima de la felicidad.

Mientras tanto un pequeño groom vestido con un redingot negro y unos calzones blancos, calzado con unas botas de campana y en la cabeza un sombrero con galón y escarpela negros, se abría camino entre los actores de aquella escena y llegaba hasta Susana de Valgeneuse, á la cual presentaba un papelito enrollado y un lápiz.

— De parte de Mr. Loredán, dijo en inglés el groom, espero la contestación.

Desdobló Susana el papelito, que no contenía más que un enorme signo de interrogación. — Comprendió Susana, y por debajo del signo de interrogación escribió estas tres líneas:

« ¡Se casa! se casa con el bobalicón del maestro de escuela! Paga las prendas de tu amor y despídele... renuncia á volverle á tomar á tu servicio más tarde.

» S. de V. »

— Toma, Dick, lleva eso á tu amo, dijo la joven: es la respuesta.

Todo lo había visto Justino, pero sin adivinar nada; sin embargo, una especie de presentimiento de una des-

gracia desconocida circuló por sus venas como un calorífico.

Fué á la ventana para ver á quién se entregaba el billete.

Un bello y elegante joven aguardaba á la puerta en una carretela.

Era sin duda Mr. Loredán de Valgeneuse.

Al oír el paso del groom se volvió : Justino pudo ver entonces su semblante.

Era el mismo joven que el día del Corpus había mirado á Mina de una manera tan particular, que el maestro de escuela había sentido la primera víbora de los celos morderle el corazón.

El pequeño groom entregó el billete al joven, quien después de haberlo leído le hizo señas de que volviese á tomar su puesto al lado del cochero.

Aun no estaba el muchacho colocado en su asiento, cuando el carruaje partió al galope.

CAPÍTULO IV.

EL CURA DE LA BOUILLE.

Mientras pasaban estas cosas en la pequeña casa de la calle del arrabal de Santiago, un santo hombre, un sacerdote de setenta ó setenta y dos años subía por la calle en medio de demostraciones de curiosidad y alegría, cuya causa inútilmente investigaba.

Los habitantes del arrabal de Santiago, que al decir de

la farmacéutica aguardaban un sacerdote desde el día anterior por la mañana, aun bien no habían visto aparecer la sotana y el tricornio del abate Ducornet, este era el nombre del cura de la Bouille, cuando se habían dicho los unos á los otros, los más próximos con la palabra y los más distantes con el gesto :

— ¡ Hé aquí el sacerdote !

Y como no se contaba ya con él después de haberle esperado en vano tanto tiempo, su aparición tal como la hemos presentado había causado la más viva impresión.

Todos se habían acercado á él ; le habían rodeado ; y marchaba con un cortejo.

Y como parecía que miraba á derecha é izquierda para orientarse de la calle y de la casa que buscaba, una comadre haciéndole una reverencia le había dicho :

— Buenos días, señor cura.

— Buenos días, mi buena señora, había respondido el digno abad.

Y como había visto que estaba en el número 500 de la calle de Santiago, en vez de estar en el número 20 del arrabal, había continuado su camino.

— ¿ Viene tal vez el señor cura para un matrimonio ? dijo la comadre.

— Sí, á fe mía, dijo el cura deteniéndose.

— ¿ Para el matrimonio del número 20 ? dijo otra.

— Justamente, dijo el cura cada vez más atónito.

Y oyendo dar las nueve y media en el reloj de Santiago, continuó su camino.

— ¿ Para el matrimonio de Mr. Justino ? dijo una tercera comadre.

— ¿ Con la pequeña Mina, de quien sois tutor ? dijo la cuarta.

El cura miraba á todas las comadres cada vez más estupefacto.

— Pero dejad con mil santos tranquilo á ese buen señor, habladoras del diablo, dijo un tonelero que estaba poniendo los aros á un barril; no veis que tiene prisa.

— Sí, tengo prisa en efecto, dijo el buen sacerdote. ¡ Está muy lejos el arrabal de Santiago! Á haberlo sabido hubiera tomado un carruaje.

— ¡ Ah! ¡ bah! si ya habéis llegado, señor abad: no hay más que un paso.

— Ved, dijo una de las mujeres: ¿ no veis allá abajo parado un fiacre amarillo?

— Hace poco, dijo otra, había allí también una carretela descubierta con un bello joven dentro, un cochero en el pescante, y un criadito que no abultaba más que un mirlo; pero parece que aquel carruaje no pertenecía á gente que hubiese de asistir á la boda, porque se ha ido.

— No veo el fiacre, dijo el cura deteniéndose otra vez y colocando la mano sobre los ojos para evitar que los rayos del sol no le dejaran ver.

— ¡ Oh! estad tranquilo, no os perderéis; ¡ vamos á acompañaros hasta la puerta, señor cura!

— ¡ Eh! ¡ Babolín! ve delante á decir á Mr. Justino que no se impacienta, que ya llega el cura que aguardaba.

Y el buen hombre á quien se había designado con el nombre de Babolín, y que es el mismo á quien hemos visto aparecer ya dos veces, echó á correr hacia el alto del arrabal cantando con un aire de su invención:

— ¡ Eh! sí, voy á decirle, á decirle, á decirle...

Sí, sí, voy á decirle, á decirle todo por mi mismo.

El diálogo continuaba.

— ¿ No habéis venido nunca á casa de Justino, señor cura?

— No, mis buenos amigos, nunca he venido á París.

— ¡ Calla! ¿ pues de dónde sois?

— De la Bouille.

— ¡ De la Bouille! ¿ y dónde está la Bouille? preguntó una voz.

— Sena Inferior, respondió otra voz, de la cual Mr. Prudhomme debía sacar más tarde su acento de bajo.

— Sena Inferior, en efecto, respondió el abate Ducornet. Es un país encantador que se llama el Versailles de Rouen.

— ¡ Ea! dijo una voz, ya casi hemos llegado: y efectivamente se encontraban á ciento cincuenta pasos de la casa en que habitaba el maestro de escuela.

— ¡ Oh! dijo otra voz, encontraréis á los novios muy bien alojados.

— Y sobre todo bien amueblada la casa... Hace tres semanas que no se ve pasar por aquí otra cosa que muebles para ellos.

— Y muebles que el rey Carlos X no los tiene más bellos en las Tullerías.

— ¿ Es pues rico ese bueno de Mr. Justino?

— ¡ Rico! sí, ¡ rico como una rata de iglesia!

— ¿ Y bien, entonces cómo puede hacer?...

— ¡ Pse! hay gentes que gastan lo que tienen y lo que no tienen, dijo un peluquero.

— ¡ Bueno! ¿ Apostamos á que vas á murmurar ahora del maestro de escuela porque se hace la barba él mismo?

— ¡ Sí, como se la hace tan bien! Hace tres semanas tenía una cortadura de media pulgada.

— ¡ Toma! dijo un galopin amigo íntimo de Babolín,

su barba es suya y puede hacer en ella lo que le venga en mientes sin que nadie tenga cosa alguna que decir; si le acomodase plantar en ella guisantes de olor, estaría en su derecho.

— ¡ Ah ! dijo el abad, ya veo el fiacre amarillo.

— Ya lo creo que lo veréis, respondió el pilluelo; pues si es grueso como el esqueleto de la ballena del Jardín de las plantas. Sólo que está mejor pintado: ¿ qué extraño es que lo veáis ?

— Llegad pronto, señor cura, llegad pronto, dijo Babolín, cuya misión estaba ya cumplida; sólo se espera por vos.

— Vamos, dijo el cura, si sólo se espera por mí, ya llevo.

Y el buen sacerdote, haciendo un esfuerzo, se encontró antes de cinco minutos al lado del fiacre amarillo y frente á la puerta de entrada.

— ¡ Cáspera ! murmuró, ¡ París es aún más grande que la Bouille y hasta que Rouen !

Justino y Mina le esperaban á la puerta.

Al ver aquellos dos bellos jóvenes, detúvose el sacerdote y se sonrió.

— ¡ Ah ! dijo, en verdad, Dios mío, que les habéis hecho el uno para el otro.

Corrió Mina hacia él y le echó los brazos al cuello, como en el tiempo en que el buen sacerdote venía á ver á la madre cuando ella tenía ocho años.

Abrazóla el sacerdote, y luego se retiró para mirarla.

Nunca hubiera reconocido aquella hermosa joven, próxima á ser una mujer casada; á la niña que seis años antes había enviado á París con su vestido blanco, sus borceguíes celestes y su cinturón azul turquí.

Pero la reconoció por sus afectuosas caricias.

Aun había que aguardar cinco minutos antes de marchar para la iglesia.

Subió el cura y se le hizo entrar en la cámara nupcial, donde estaban la madre Corby, Celeste, Mad. Desmarest, la señorita Susana de Valgeneuse y el anciano profesor.

— Nuestro querido cura de la Bouille, mamá Corby, dijo Mina, el señor abate Ducornet, señora.

— Sí, sí, dijo el abate sumamente alegre; el abate Ducornet, tutor de esta señorita, que trae la dote de su pupila.

— ¿ Cómo la dote de su pupila ?

— ¡ Sí, sí ! imaginaos que hace tres días recibo una carta con el sello de Alemania, y en aquella carta una letra de diez mil ochocientos francos contra los señores Leclerc y Luis, banqueros de Rouen.

— ¿ Y después ? preguntó Justino con voz alterada.

— ¡ Aguardad ! Dejadme que proceda por orden: abrí la letra de cambio lo primero, y de ella os hablo primero también.

— Sí, ya escuchamos.

Mad. Corby palidecía visiblemente.

Las demás personas parecía que tomaban en la relación del buen sacerdote apenas principiada un interés relativo; pero nadie veía todavía, ni aun la misma Mina, lo que ya comenzaban tal vez á ver Justino y su madre.

— Con la letra de cambio, continuó el cura de la Bouille, estaba una carta.

— ¿ Una carta ? murmuró Justino.

— ¿ Una carta ? repitió Mad. Corby.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! ¡ una carta ! dijo el profesor no menos conmovido que Mad. Corby, y Justino.

— Una carta que... vedla aquí.

Y el abate desdobló una carta que efectivamente tenía un sello extranjero, y leyó :

« Mi querido abad :

» Un viaje que he hecho bastante al interior de la India es la causa de que mis comunicaciones con Francia se hubiesen interrumpido y que desde hace nueve años no hayáis recibido noticias mías; pero os conocía, conocía á la digna Mad. Boivin á quien había confiado mi hija, y Mina de nada habrá carecido por estas circunstancias.

» Hoy, de regreso á Europa y retenido en Viena por asuntos indispensables y que pueden aún durar algún tiempo, me apresuro á enviaros una letra de cambio de la casa Acrostim y Likeles sobre la de Leclerc y Luis de Rouen con la suma de diez mil ochocientos francos en que estoy en descubierto con vos.

» En adelante recibiréis con toda regularidad hasta mi regreso, cuya fecha no puedo deciros de una manera precisa, los mil doscientos francos prometidos para la pensión de mi hija.

» Viena en Austria, 24 de Febrero de 1827.

» EL PADRE DE MINA. »

Á estas últimas palabras, mientras que Mina frotándose alegremente las manos y palmoteando exclamaba :

— ¡ Oh ! ¡ qué felicidad, Justino ! ¡ papá vive aún !

Justino miraba á su madre, y viéndola pálida como un cadáver lanzaba un grito :

— ¡ Madre mía ! ¡ madre mía ! dijo Justino.

Levantóse la ciega, y vino hacia su hijo con los brazos extendidos : la voz la había guiado.

— Comprendes, ¿ no es verdad, hijo mío ? dijo Mad. Corby con una voz firme, ¿ comprendes ?

Justino no respondió : sollozaba.

Mina miraba aquella singular escena sin comprender de ella una palabra.

— ¿ Pero qué tenéis, mamá Corby ? preguntó ; ¿ qué tienes, hermano Justino ?

— Comprendes, ¿ no es verdad, mi pobre y querido hijo ? ¿ comprendes, continuó la madre, que podías casarte con Mina pobre y huérfana ?

— ¡ Dios mío ! exclamó Mina, que comenzaba á adivinar.

— Pero ¿ comprendes también que no puedes casarte con Mina, rica y dependiente de un padre ?

— ¡ Madre mía ! ¡ madre mía ! ¡ tened piedad de mí !

— Sería un robo, hijo mío, dijo la ciega levantando las manos al cielo como poniendo á Dios por testigo ; y si dudas, apelo á todas las gentes honradas que hay aquí, y espero que no habrás más que gentes honradas.

Dejóse caer Justino de rodillas ante las de su madre.

— ¡ Ah ! ¡ me comprendes, repuso la ciega, puesto que estás de rodillas !

Después extendiendo las manos sobre él, é inclinando hacia atrás su cabeza como si hubiera podido ver el cielo :

— Hijo mío, te bendigo en el dolor como te he bendecido en la felicidad, y seré (así lo espera) tu muy amada madre en el infortunio, como lo hubiera sido en la felicidad.

— ¡ Oh madre mía ! ¡ madre mía ! exclamó Justino : con vos, con vuestro apoyo, con vuestro valor sí haré eso ; pero

sin vos, ¡ oh ! sin vos, creo que hubiera sido un hombre delincuente.

— Está bien, hijo mío. Abrázame, Celeste.

Celeste se aproximó.

Vuélveme á llevar á mi asiento, hija mía, dijo en voz baja; conozco que me faltan las fuerzas.

— Pero ¿ qué hay, Dios mío ? ¿ qué hay ? preguntó Mina.

— Hay... hay, Mina, dijo Justino sollozando, hay que hasta el día en que tu padre dé su consentimiento (y probablemente no lo dará nunca) hay que no podemos ser el uno para el otro más que un hermano y una hermana.

Mina lanzó un grito.

— ¡ Oh ! dijo ¿ con qué derecho mi padre que me ha abandonado diez y seis años, viene á reclamarme hoy ? Que guarde su dinero y me deje mi felicidad ; que me deje á mi pobre Justino, no como un hermano, sino (perdonadme, Dios mío) como un esposo !..... Justino..... ¡ Oh ! ; oh !... ¡ Justino ! ; Justino ! ; Justino ! ; amado mío ! ; á mi, á mi !... ; no me abandones !

Y la joven lanzando un nuevo grito de dolor, cayó desmayada en brazos de Justino.

Una hora después partía Mina para Versalles llorosa con una mano en la de su amiga Susana, y la cabeza sobre el hombre de Mad. Desmarest.

Antes de subir al carruaje había tenido tiempo Susana para escribir con lápiz y dar á un mozo un billetito concebido en estos términos :

« ¡ No se ha efectuado el matrimonio ! Parece que Mina es rica é hija de algún personaje notable.

» Volvemos á Versalles con la bella desconsolada.

» Á las once de la mañana.

« S. de V. »

CAPÍTULO V.

RESIGNACIÓN.

La desconsolada (como llamaba á su amiga la bella Susana de Valgeneuse), la desconsolada dejaba detrás de sí un corazón no menos desconsolado que el suyo.

Este corazón era el de Justino.

Nos engañamos : debíamos decir *corazones*.

Estos corazones eran los de Justino, su madre, el buen profesor, Celeste y el cura de la Bouille, que ignoraban el mal que iba á hacer, y que se creía en la sencillez de su alma un mensajero de la alegría, cuando al contrario, era mensajero de los dolores.

Pero de todos ellos quien más había sufrido, porque había sufrido por ella y por su hijo, era la madre.

Ella, tan fuerte al principio, se había abatido antes del fin.

Antes de la despedida, sin decir una palabra, sin lanzar un grito, sin verter una lágrima, se había desmayado insensiblemente.

Ninguno de aquellos egoistas malhadados había notado su desmayo.

El único que lo notó porque le parecía que una parte de su corazón agonizaba, fué Justino.

— ¡ Madre mía, madre mía ! exclamó Justino ; ¿ pero no veis á mi madre ?

Precipitáronse hacia la ciega á cuyas rodillas había caído Justino, y que la envolvía en sus brazos.